



Universidad  
Pontificia  
de Salamanca

## DISCURSO DE GRACIAS

### Su Santidad Bartolomé I, patriarca ecuménico

Con un sentimiento de profundo honor y sincera gratitud nos presentamos ante ustedes en esta histórica y eminente institución académica para recibir el premio de un doctorado *honoris causa* en razón de nuestro ministerio intercristiano y nuestra contribución al diálogo ecuménico.

Si bien, por supuesto, nos sentimos honrados por este conmovedor reconocimiento de nuestro modesto servicio para promover las relaciones y conversaciones entre Iglesias cristianas y Comunidades interreligiosas, nos gustaría llamar su atención no tanto sobre nuestros intereses particulares y logros personales, sino más bien sobre la visión esencial y misión excepcional de la Iglesia de Constantinopla, a la que hemos tenido la suerte de servir durante más de treinta años como su pastor espiritual. Esto se debe a que, durante más de diecisiete siglos, nuestra Iglesia ha facilitado desinteresadamente la causa de la unidad canónica entre la familia de Patriarcados hermanos ortodoxos y las Iglesias autocéfalas. Además, durante el último siglo, nuestra Iglesia ha promovido proféticamente la causa de la unidad ecuménica entre confesiones cristianas distanciadas y otras comunidades religiosas, tanto a través del vibrante movimiento ecuménico desde principios hasta mediados del siglo XX, como también a través del vital diálogo interreligioso realizado durante la última parte del siglo XX.

Durante este período, el Patriarcado Ecuménico asumió una destacada iniciativa y un papel de liderazgo en la creación y configuración, así como en la colaboración con y el mantenimiento de diversas comunidades, incluido el Consejo Mundial de Iglesias y la Conferencia de Iglesias de Europa. Al mismo tiempo, el Patriarcado Ecuménico también instituyó y mantuvo una serie de diálogos bilaterales cruciales, aunque desafiantes, con la Iglesia Católica Romana, así como con las Comuniones Anglicana y Reformada, en aras de promover la unidad que buscamos mutuamente. No obstante, más allá de estos esfuerzos, el Patriarcado Ecuménico estableció encuentros y debates ecuménicos más amplios con nuestros hermanos y hermanas judíos y musulmanes con el fin de promover una mayor comprensión y tolerancia mutuas. Todos estos esfuerzos continúan siendo cercanos y queridos para nuestro corazón y nuestro ministerio.

Queridos amigos:

De lo que el mundo se dio cuenta durante ese período crítico del siglo pasado fue de que es un escándalo para los seguidores de Cristo no seguir el mandato de nuestro Señor “para que [sus discípulos] sean uno” (Juan 17, 21), pero también de que era imposible que la paz prevaleciera en el mundo si las religiones no siguieran el precepto compartido de la “regla de oro” de que debemos “tratar a los demás como queremos que nos traten a nosotros” (Lucas 6, 31).

En este sentido, saludamos el generoso honor de este doctorado *honoris causa* en nombre de la institución del Patriarcado Ecuménico. Porque el servicio ecuménico es nada menos que el ADN mismo del Patriarcado Ecuménico. A pesar de las críticas persistentes y equivocadas, la Iglesia de Constantinopla nunca ha percibido su ministerio o misión como una forma mundana o un modelo secular de expansionismo. Más bien, entiende su propósito y aspiración como la aceptación universal y el avance de la dignidad humana y la justicia social en cada persona, creada a imagen de Dios y en cada rincón del mundo de Dios. Nuestra visión ecuménica es puramente espiritual, basada enteramente en las palabras fundacionales de San Pablo: “no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer; porque todos sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3, 28). Estas pocas y sencillas palabras anularon radicalmente todo tipo de división y discriminación que antes o después aparecerían en este planeta.

Creemos que ésta ha sido la base genuina y el enfoque del servicio ecuménico cristiano a lo largo de los siglos. Por supuesto, nos damos cuenta de que ha habido momentos y lugares en los que los cristianos no practicaron lo que afirmaban o creían. Sin embargo, esos ejemplos son desviaciones del camino correcto; y constituyeron un fracaso por parte de quienes se comportaron con una actitud exclusivista o aislacionista, en lugar de una forma ecuménica e inclusiva. De hecho, pensamos que más trágico que este fracaso o hipocresía, es que los cristianos busquen justificar o legitimar prácticas de discriminación y división, cuando las personas se sienten cómodas con su forma de vivir: separadas y rotas por barreras religiosas y raciales. Para citar los Salmos: "Busco excusas para los pecados que cometo" (Salmo 143). Deberíamos preguntarnos constantemente: ¿Cómo podemos los cristianos levantarnos con integridad genuina y buena intención para proclamar las palabras iniciales del Padrenuestro: “Padre nuestro” cuando justificamos nuestra indiferencia, segregación y rechazo hacia los demás?

En un mundo destrozado por contrastes y conflictos, el intercambio de un diálogo pacífico y constructivo constituye la única manera de lograr la reconciliación y la unidad. Y en respuesta a aquellos que se resisten o temen el diálogo, diríamos que la reconciliación doctrinal de las diferencias

existentes entre las relaciones intercristianas –al igual que la resolución pacífica de las diferencias culturales entre comunidades interreligiosas– no implica infidelidad o alejamiento de la verdad.

Porque la verdad no teme al diálogo; al contrario, la verdad siempre invita y persigue el diálogo. Por el contrario, el conservadurismo y el fanatismo provocan la persistencia defensiva de cada lado en sus propias posiciones y opiniones, consolidando así las diferencias y borrando cualquier esperanza de compromiso o conciliación. Nuestro objetivo siempre debe ser perseguir y promover “todo lo que es verdadero, todo lo noble, todo lo correcto, todo lo puro, todo lo bello, todo lo digno de alabanza” en otras personas. (Filipenses 4, 8). Y nuestro énfasis siempre debe ser “vivir la verdad con amor” (Efesios 4, 15).

Todos hemos visto las trágicas consecuencias de un mundo que rechaza el diálogo y refuerza la división. De hecho, hemos visto las catastróficas repercusiones de la antipatía y el antagonismo en las vidas humanas, así como en los recursos del planeta. Fue a raíz de las dos guerras mundiales cuando el movimiento ecuménico cobró impulso hace un siglo. La gente estaba desesperada por descubrir nuevas formas de relacionarse positiva y constructivamente entre sí para poder superar la violencia y la hostilidad, así como el nacionalismo y el sectarismo que invadieron las Iglesias y las religiones durante siglos.

En los últimos meses hemos observado la destrucción de vidas humanas y la devastación del medio ambiente natural en la invasión injustificada de Rusia, y no provocada, al territorio soberano de Ucrania. Ha sido personal y globalmente doloroso, trágico y reprensible, ser testigo de cómo la Federación Rusa –con el descarado apoyo y respaldo de la Iglesia rusa– elimina vidas humanas y destruye recursos naturales que nuestro mundo y nuestros hijos perderán para siempre. Y ahora, ante nuestros propios ojos, vemos la devastadora pérdida de innumerables vidas inocentes, junto con la pérdida destructiva de estructuras e infraestructuras en Oriente Medio, donde ha estallado nuevamente un conflicto perpetuo, porque como seres humanos no estamos dispuestos a colaborar y ceder por el bien de nuestros hermanos y hermanas, así como por la protección de la creación sagrada de Dios. En el pasado, junto con nuestro querido hermano, el Papa Francisco, nos esforzamos por reunir y dialogar con los líderes de Israel y Palestina. Y hace sólo unos días emitimos una firme declaración contra el uso de la violencia supuestamente para establecer la paz.

Amados hermanos y hermanas,

Este espíritu de diálogo sincero y amoroso es el que la Iglesia de Constantinopla ha puesto en práctica en sus relaciones entre los cristianos divididos, proclamándolo al mismo tiempo a todos los creyentes y personas de buena voluntad, dondequiera que se encuentren. Sabemos por amarga

experiencia que la religión puede fácilmente ser utilizada indebidamente como bandera de fanatismo y conflicto. Sin embargo, también estamos convencidos de que la “paz que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4, 7), así como el “amor que todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta” (1 Corintios 13, 7) finalmente prevalecerán, si nuestra fe en Dios nos llena también de fe unos en otros.

Esta es la paz y el amor que pedimos en oración sean derramados sobre todos ustedes. Gracias.

Salamanca, 17 de octubre de 2023